

## SECCION HISTORICA

CARLOS V Y SUS BANQUEROS

LA VIDA ECONOMICA DE ESPAÑA EN UNA FASE  
DE SU HEGEMONIA: 1516-1556

MADRID, 1943 («REVISTA DE OCCIDENTE»), POR RAMÓN CARANDE

Sentimos temor los profesionales de la Historia, cuando un especialista en otras disciplinas irrumpe en nuestro campo provisto de las competencias de su técnica. Y la suspicacia tiene su justificación porque, en general, suelen los especialistas padecer letales prejuicios. El médico quiere contraer la vida de los personajes históricos a casos clínicos, que anulan, con frecuencia, el concepto del libre albedrío. Los filósofos, con cierto desdén por la erudición, quieren hallar el sentido de las épocas pretéritas, y las califican a su antojo con una riqueza de adjetivos, en ocasiones desmentidos por la investigación. Y no se diga de la estimación que de los sucesos pasados profesan los economistas desde Seligman y Labriola, proclamando un predominio causal del factor económico, hasta el punto de fundar una escuela muy en boga hace unos lustros. Adelantemos que el autor del libro cuyo título encabeza estas líneas, no adolece de ninguna clase de daltonismos mentales. Se advierte en su prosa un profundo respeto por los hechos políticos de

la Historia, nacido del perfecto conocimiento de estas enseñanzas.

Cree, y con razón, no puede abordarse problema ninguno de carácter histórico sin presentar antes el marco político en que han de producirse los acontecimientos. Por esta necesidad ineludible, comienza su libro con un capítulo, muy ceñido, acerca de la *Extinción de una dinastía*. La nueva estirpe y su egregio representante llegan de Flandes, y, con lógica exposición, el segundo capítulo se intitula: *La Casa de Borgoña y los Países Bajos*. Se suceden los epígrafes sugerentes. Al lado del ideal caballeresco el sentido económico de la corte borgoñona. Su opulencia, la riqueza de cereales, la industria lanera; los tapices, la lencería, el comercio y las bolsas. La infancia de Carlos se desliza entre el boato cortesano y la complicada etiqueta, guiados sus primeros pasos por su tía Margarita de Austria y el sagaz Chièvres. Surge luego la emancipación de Carlos.

Un lector no versado pudiera suponer que los temas expuestos se hallan fuera de lugar, o son innecesarios o superfluos. Yerra quien tal piense, pues constituyen, por lo contrario, precedentes indispensables para la política carolina en todos sus aspectos. Bien lo dice el autor en este pasaje: «Es pues fácil comprender la crónica hostilidad de Carlos V con Francisco I como un legado borgoñón, y, en este sentido, importa recoger sobre fuentes directas la imagen de Borgoña, siempre reflejada en los ojos cansados de Carlos, y evocar las tradiciones de aquella corte. La trascendencia de su educación borgoñona sobre la economía castellana, pretende acusarse aquí igualmente.» La etiqueta, o lo que se llamó durante siglos el estilo de Borgoña, no es algo baladí, en su frívola apariencia, sino un problema económico causado por el fausto y los despilfarros consiguientes para mantenerlo.

Afronta en el tercer capítulo el tema de la *Población de España*. Señala con ejemplar prudencia los cálculos, a fin

de lograr cifras aproximadas, examinando cuantos datos pueden utilizarse desde el censo de Alonso de Quintanilla, contador de los Reyes Católicos. Brilla su espíritu crítico al analizar las conclusiones de Tomás González y de Conrado Häbler.

El sujeto histórico, no sólo es protagonista de los sucesos; debe ser asimismo considerado como un elemento productor de riqueza. De aquí la pertinencia de estudiar los fenómenos de la población, analizando los datos de las postimerías del siglo XV, la cifra de 1530 y los habitantes de Castilla en 1541, y los de otros reinos peninsulares, sin omitir la importante emigración a Indias. No vela la incertidumbre de la unidad de cómputo.

Crece el interés en el capítulo IV, rotulado *Rebaños y vellones*. Empieza con una declaración: «Ninguna manifestación de la vida económica española tiene en su historia el arraigo que la ganadería.» Explica el *arraigo del pastoreo* por una necesidad de la guerra de Reconquista, en consonancia con las condiciones geográficas: «El pastoreo permitía trasladar bienes que podían escapar así más fácilmente a los estragos de la guerra.» Poco después expresa: «Ni aquel proceso histórico — España campamento — ni este escenario, deben olvidarse.» Al tratar del *pastoreo y la guerra*, escribe: «La ganadería, el pastoreo, no exigía tantos hombres para sus tareas como el cultivo. Por eso, precisamente, aquellos pueblos cuya escasa agricultura no dió ocupación ni beneficios a las masas campesinas fueron los que, al rayar la Edad Moderna, pusieron en pie los ejércitos más diestros y aguerridos y los que ofrecieron mayor número de soldados a los generales de la época.» Observación oportuna y atinada.

En este aspecto supera en mucho al libro de Klein sobre la Mesta. Desarrolla con singular competencia las relaciones del poder público con la Mesta, y singularmente con la hacienda de Carlos V, el recuento del ganado lanar trashu-

mante y su distribución y los aspectos todos del comercio de la lana, la industria lanera y la relación de la ganadería con la industria textil.

Dedica el V capítulo a la *Labranza* y, con gran sagacidad, va desarrollando los problemas que suscitan los cultivos y la Mesta, las derivaciones producidas en la agricultura por las guerras y las operaciones de crédito, el tema de los propietarios y los labradores, de la situación de los campesinos, de la tasa del trigo y de los precios de los productos agrícolas y de los industriales, de la vid y de otros cultivos. Afronta las angustias de la producción insuficiente y expone las incidencias de la agricultura y la política exterior. No queremos adelantar nuestro juicio, que reservamos para el final, pues el detallar demasiado los aciertos prolongaría de manera desmesurada esta información.

Es un capítulo de punzante interés el titulado *La encrucijada mercantilista*. Bello su comienzo, en el que describe el ideal caballeresco de Carlos V, asiduo lector del *Caballero determinado* de Olivier de la Marche. Dramáticos momentos para la economía nacional los de la afluencia de metales preciosos, que, cual corrientes del Pactolo, pasaban raudas sin fertilizar el suelo español, y desembocaban en otros países, que se aprovecharon largamente de los auríferos beneficios, mientras que los súbditos del César, sometidos a un nuevo suplicio de Tántalo, veían huir las aguas fugitivas a las tierras de los enemigos de la hegemonía española.

El contraste entre las proezas guerreras del Emperador y la penuria de los medios, explica muchos hechos políticos, en una interdependencia bien señalada por el autor. Muchos sucesos del reinado, principalmente los últimos, encuentran su explicación en fenómenos de orden económico y financiero, y viceversa, la causa de las deficiencias económicas y de las inminentes bancarrotas se hallan en decisiones políticas y en acontecimientos militares.

Palabras claras las de Carande cuando expresa: «Durante su reinado no deja de atormentarle el desequilibrio entre el costo de sus empresas y la dotación de la hacienda.» Prueba el desacierto de los escritores, que sostienen hubo en esta época mercantilismo en España. No existió una orientación económica ante los nuevos fenómenos producidos por el descubrimiento de América, y no fué España la única desorientada en este respecto. Sin embargo, tanto Francia como Inglaterra tuvieron la fortuna de acertar en el encauzamiento de su riqueza.

Capítulo central de la obra reputamos éste, y sus epígrafes son todos de un enorme interés, ya trate de la *coyuntura malograda*, o del *dinero fértil*, o del *campo de experimentación*. Se ocupa del Imperio de Carlos V y de la economía nacional y de la posición de la sociedad española ante el trabajo y la riqueza. Lo complementan estudios acerca de la prepotencia política y el fomento de la renta nacional, las aduanas y el proteccionismo, el territorio y la economía española, la burguesía y las ciudades y las corrientes del comercio exterior.

Comienza el capítulo VII acerca de la *Industria* con estas palabras: «No es empresa fácil describir la industria española durante el reinado de Carlos V, en forma que satisfaga las exigencias mínimas de un espíritu curioso.» A pesar de ello expone con minuciosa escrupulosidad la organización de la industria textil, las deficiencias de la técnica, la presión del consumo y la repercusión en la industria del comercio de primeras materias. Estudia en particular la industria de la vid, los curtidos, la cerámica, las leyes suntuarias, las confecciones y la arquitectura y la capitalización.

Sumo atractivo reviste el capítulo VIII, destinado a desenvolver el atrayente asunto de *El Dinero, los precios y los beneficios acumulados*. Dos autores norteamericanos, Haring y Hamilton, proporcionan al autor materia para des-

arrollar con una visión más alta y menos particularista, las múltiples facetas de este atormentador problema de la España del siglo XVI. Ya declara Carande, al iniciar el capítulo, que: «El comercio español es, sin duda, de todas las manifestaciones de la vida económica, la más sugestiva dentro del período.» Invoca en el encabezamiento unas palabras desconsoladoras de Fray Tomás de Mercado, escritas en 1559, donde se patentiza que el dinero acuñado en España no se veía en sus plazas comerciales y en cambio abundaba en Génova, Amberes, Roma, Venecia y Nápoles.

Sigue el detenido examen del ducado, el escudo, la moneda de vellón y las transformaciones del maravedí. Se detiene en los proyectos de reforma monetaria, en la ecuación bimetalista, la producción de metales preciosos en las Indias, los efectos de la vida cara, las partidas de oro y plata, las remesas y los precios y la acumulación de beneficios.

En el capítulo IX trata ya de los temas que más responden al título de la obra. Analiza los aspectos del Comercio privilegiado, y determina luego las premisas antagónicas de Carlos V. De su política económica dice: «Convencido de que adoptándola favorecía a muchos de los banqueros de cuyo crédito gozaba, cedió a la necesidad, ya que los recursos no correspondían a las obligaciones y no podía, por otro camino, librarse del precio tantas veces oneroso de los anticipos. Su norma fué siempre atender sus compromisos, y sus escritos atestiguan, con sinceridad impresionante, cuántos sacrificios prefirió a la vergüenza de faltar a su palabra. La breve distancia que media entre su abdicación y la primera bancarrota de su hijo, presenta más de un problema que no está aún planteado» (p. 164). Líneas elocuentes que nos revelan hechos esenciales que deben tenerse en cuenta.

Treinta y cuatro nutridas páginas contiene el moroso estudio de los *Bancos y las ferias*. Noticias y puntos de vista completamente nuevos. Se remansa en el análisis de los

Bancos de Sevilla y desfilan ante la vista del lector los banqueros de más renombre: los Espinosa, Domingo de Lizarrazas, Pedro de Moya y otros. Caso curioso el de la familia de los Espinosa, tan complicados en los negocios de Indias, hasta Gaspar de Espinosa, el magistrado de Panamá, verdadero proveedor financiero de la gran empresa del descubrimiento y conquista del Perú con Francisco Pizarro y Diego Almagro, pues se decía que el cura Hernando de Luqué fué testaferro de Espinosa.

Magnífico personaje llama el autor a Thomás Gresham, ese mercader inglés de los tiempos de María Tudor, cuyo viaje a España dilucida tantos secretos financieros. Conocíamos algo, bastante, de las series de Medina del Campo gracias al excelente libro de Espejo; pero Carande amplía el radio de acción enlazando la trascendencia de sus operaciones a un ámbito europeo de gran novedad, comprobando cómo las ferias fueron la imagen de la realidad económica.

Guardaba y guarda íntima relación con el Comercio la Marina, y a su estudio dedica Carande el penúltimo capítulo de su obra. La transformación en este aspecto se acusa también por el desplazamiento del tráfico hacia el Atlántico a causa de las Indias. «El mar — afirma el autor — representa un gran papel en la historia de España durante el reinado de Carlos V.» Plantea el mar cuestiones a cual más atractivas. Naves mercantes y de guerra no se diferenciaron entonces porque el peligro de los corsarios obligaba a que se artillasen las de comercio para su defensa, y cuando la ocasión llegaba formaban parte de las armadas guerreras. Eran las naves propiedad privada que el Estado contrataba en las contingencias bélicas.

Reviste importancia la política naval de Castilla. La tarea de los astilleros, el movimiento del puerto de Bilbao, el comercio marítimo de Sevilla, las naves de Indias, los siniestros y la piratería son otros tantos temas de apasionante interés. Un esclarecido proyectista propone al Em-

perador una nueva organización del tráfico y tipos de naves de su invención. Estos proyectos de don Alvaro de Bazán los dió a conocer someramente don Cesáreo Fernández Duro; pero Carande no sólo amplía las noticias, sino que aporta datos desconocidos procedentes de los archivos de Indias y de Simancas.

Termina el capítulo con la consideración de temas imprescindibles como el mercado de fletes, el valor de las naves, la tripulación, la requisa de barcos por la corona y el seguro marítimo.

El hecho maravilloso de la invención de las Indias occidentales y de su hazañosa conquista transforma las realidades del mundo. Su repercusión económica es incalculable. Razón le asiste a Carande para tratar en su último capítulo de las Indias en la estima de la sociedad española. Acude con tino y provecho a los cronistas y apura con sana curiosidad las informaciones contenidas en memorias, diarios, cartas y pragmáticas. Enumera sucinta, pero certeramente, las empresas bélicas y descubridoras que ensanchan el planeta conocido por los europeos y plantean nuevos problemas de gobierno en las Indias.

Detiéndose en el examen del Consejo de Indias, la Casa de Contratación y la Casa de Indias. Sevilla otra vez figura en primer plano. Comenta la gestión del *factor* que *factura poco* y la *primacía del tesorero*. No escapa a su perspicacia la competencia geográfica de nuestros cosmógrafos, que se adelantan en dos siglos a la ciencia extranjera y la creación hispana de la primera escuela oficial de náutica.

Un inciso relevante constituye el asunto internacional de las Molucas, tratado en el epígrafe: *El precio de una renuncia memorable*.

En resumen se ofrecen al lector los diversos aspectos económicos de la colonia: los pobladores, los cultivos, la minería y el comercio, terminando con la *Economía y técnica de los conquistadores*.

Siguen unos apéndices sustanciosos que suplen con abundancia la falta de notas del texto. Método alemán de cierta comodidad, pues distribuye las autoridades en que se apoya el autor, aplicadas a los respectivos capítulos. Son los cimientos sólidos en que se apoya el edificio. Integran los apéndices citas de escritores, manuscritos y documentos oficiales o particulares de extraordinaria importancia. Aquí se aprecia, en todos sus quilates, la preparación singular del autor, que no omite ni búsqueda ni esfuerzo. Impresionante bibliografía que da la elevada medida del libro.

Carande ha penetrado, sin temor, en la selva virgen de la documentación inédita, y tanto en Sevilla como en Simancas su ánimo se ha sobrecogido ante la inmensa floresta de legajos intocados, donde se encierran los misterios de la economía de Carlos V. Poco, muy poco, se había intentado hasta este libro, en zonas muy limitadas. Algunas monografías sobre asuntos concretos estimables, pero sin que se intentara hasta el presente una labor de conjunto con sólidas bases documentales. Esta la ha comenzado a realizar Carande con pleno éxito. Y decimos comenzado, porque a la obra faltan todavía dos tomos, y el tercero ha de causar emoción por el número de hallazgos que revelará. Dígase, como adelanto, que un especialista alemán sólo encontró pocas docenas de empréstitos carolinos, y Carande tuvo la fortuna de hallar más de trescientas operaciones de esta clase llevadas a cabo por Carlos V con sus banqueros.

Demuestra, con pruebas documentales, lo que algunos, de modo impreciso, sabíamos. Es decir: el contraste entre la fanfarria guerrera y gloriosa y la penuria de los medios para realizar las resonantes empresas; causa, la mentada indigencia de elementos dinerarios, de las *trampas* del Emperador. Recordemos que los ejércitos imperiales siempre caminaban de victoria en victoria sin pagas, hambrientos y mal vestidos. Caso elocuente el de Pavía.

El libro está construido con una impecable probidad científica, con una constante valoración de fuentes, sin ocultar los escollos y señalando las deficiencias inevitables de la información. Estas advertencias las prodiga Carande de continuo, a fin de que el lector no se llame a engaño tomando por cierto lo dudoso. Libro serio, metódico, de valor científico inapreciable y único en su género en España. Esperamos con ansia la aparición de los siguientes volúmenes, y ojalá que los nuevos investigadores españoles de asuntos de historia económica sigan la vía tan brillantemente trazada por Carande.

ANTONIO BALLESTEROS BERETTA.

Pamplona, verano de 1945.